

*

EDUARDO JORDÁ

*

PERO SUCEDE

[*Antología poética*]



*

RENACIMIENTO

*

PERO SUCEDE



Eduardo Jordá

PERO SUCEDE

[Antología poética]

Selección y prólogo

Antonio Rivero Taravillo



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMX

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

Fotografía de Eduardo Jordá:

© *José del Río Mons*

© Eduardo Jordá

© Selección y prólogo: Antonio Rivero Taravillo © 2010. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: S. 1.012-2010

ISBN: 978-84-8472-565-7

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-8472-744-6

Printed in Spain

PRÓLOGO

VISIBLE, como punta de iceberg, desde fecha relativamente reciente, la poesía de Eduardo Jordá se ha ido preparando, con lecturas y experiencias, con madurez acrecentada durante al menos tres décadas, hasta darnos este tesoro que se mide, en el tiempo de los hombres, por ni siquiera dos lustros. Digo tres décadas y veo que no he sido exacto: ya para tres mil años va que la literatura occidental va creando en tradición ininterrumpida para ofrecer a los grandes poetas su almacén de temas, su tesoro de motivos, su repertorio de fuentes de inspiración. Jordá ha recogido ese bagaje y lo ha hecho propio, añadiendo como es natural de su cosecha y haciendo, esto ya es más que evidente, una obra de entre las más sólidas que se van componiendo hoy en España.

Narrador (su novela *Pregúntale a la noche* ganó el Premio Málaga de Novela, y su primera *La fiebre de Siam* acaba de ser reeditada en versión corregida y ampliada), autor de libros de viaje o sobre músicos y de dietarios, traductor y columnista, Jordá es sobre todo poeta. Aunque le anteciedera la aparición editorial de *La estación de las lluvias* (Premio Renacimiento de Poesía, 2001), su primer poemario es en realidad *Ciudades de paso* (publicado en Pre-Textos el mismo año). Y antes, incluso, hay que reparar en un libro del año 2000, *Orco*, que es una colección de relatos breves con clara intención poética. En él, un texto como «El viaje de los Magos», que retoma el viejo tema que sólo en el siglo XX ha sido objeto de la atención y el estro de poetas de la talla de William Butler Yeats, T. S. Eliot, Luis Cernuda o Felipe Benítez Reyes. A esto me refería cuando afirmaba que Jordá hace suyo lo antiguo y nos lo da nuevo. En el mismo libro, una pieza como «Canción junto al fuego de turba» denota igualmente su carácter poético con la anáfora «Lluvia y viento», tres veces repetida abriendo respectivos párrafos o versículos. Esto, por no hablar de la presencia en los textos de poetas como Mandelstam o Rimbaud. La voluntad poética resplandece inauguralmente en esas páginas de manera indudable.

Ciudades de paso ya es decididamente un libro de poesía, con verso generalmente medido en el que prima el endecasílabo que a partir de este momento manará ya espléndido en la poesía de Jordá, no sólo en su eufonía o musicalidad, sino como vehículo de hondas emociones. Porque su poesía emociona siendo la menos solipsista: contando historias, presentando personajes, vidas, contemplando el mundo en torno de manera ejemplar y con generosidad. Se puede decir que es una poesía moral en el sentido más alto del término.

Ya aparecen aquí la familia, las sombras tutelares de la infancia, el anecdotario personal que se hace universal por la poesía. En un poema algo largo y deslavazado como «Cándida», un diamante como estos versos, que podrían ser uno de los más hermosos epitafios: «Con el manto de polvo que es ahora/ Dios podría amasar de nuevo a Adán y Eva,/ pero no a la serpiente». Canta el poeta a las gentes y cosas sencillas, como cuando dice en unos versos «aquí vivieron hombres y mujeres/ cuya simple existencia, tan callada,/ a diario nos obliga a ser mejores». Y ello sin eludir lo visionario, lo mágico, lo inexplicable. Y, compartiéndola con *Orco*, la narratividad y el versículo de «Cemetery Ridge», un homenaje a la inútil

grandeza de los soldados que lucharon en Gettysburg, en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

Luego vendrían *Tres fresnos* (2003) con piezas tan hermosas como «El poema que mi abuelo nunca escribió», y *Mono aullador* (Premio Ateneo de Sevilla, 2005), confirmando su calidad. Y posteriormente *Instante* (2007), con sus turbadores poemas que se desarrollan en Manila. En sus textos más recientes e inéditos –hasta hoy– se descubren deseos de cambiar de ritmo, de no acomodarse.

Repaso los libros de Eduardo Jordá, espigando los poemas que nutren esta antología, y doy con la dedicatoria que el autor me hizo al entregarme su primer poemario hace sólo ocho años. Decía Jordá entonces, y traduzco, pues aquellas líneas fueron manuscritas en inglés, que aquellos poemas suyos que me entregaba versaban sobre el amor, la añoranza, (qué hermosa palabra, *longing*), la paternidad, la Naturaleza, y la muerte. No por exhibicionismo ni pedantería, sino por nuestro compartido amor a Irlanda y al idioma de tantos poetas suyos, quien firmó con envidiable buen humor como Ed Jordan, declaraba así, poniendo quizá cierta distancia mediante la lengua ajena, los grandes pilares de su obra poética, incipiente entonces. Hoy, varios libros de

poesía después, éstos siguen siendo sus temas predilectos, o mejor dicho, los que lo han escogido, muy sabiamente, a él para que les dé voz.

El amor y la muerte, con la añoranza, suelen darse por descontado entre los grandes temas poéticos por excelencia. No tan frecuente es, sin embargo, en la poesía española actual la devoción por la Naturaleza y, menos aún, la paternidad, tema éste en el que Jordá destaca como autor de estupendos poemas que vadean el río de los buenos sentimientos y, no dejándose arrastrar por su corriente, alcanzan la orilla de la buena poesía. En efecto, si todos sus poemarios están dedicados invariablemente a su mujer, entre esas páginas hallamos una gavilla de composiciones no necesariamente dirigidas enfáticamente a sus hijos, como exvotos a los dioscellos familiares, sino que son textos en los que se recogen instantes felices o reflexiones de esa paternidad que en Jordá es, como su condición de poeta édito, relativamente tardía, madura.

Hay en su obra poemas en los que predomina la Naturaleza («Una hoja de arce») y otros en los que la muerte asoma su descarnado rostro (así en «Sanaa ben Salah», donde una víctima de la masacre del once de marzo de

2004 lamenta de su segada vida: «Yo tan sólo tenía trece años/ y no había besado a ningún hombre»). Y, claro está, los temas se entremezclan, como en «Reading», donde coinciden añoranza y Naturaleza junto a un nocturno riachuelo en la juventud remota. Naturaleza y muerte forman aleación, por su parte, en poemas como «Drumcliff» (nombre del cementerio de Sligo donde reposan los restos de Yeats).

Pero la paleta de Jordá no se agota en esos colores, en sus variadas combinaciones. Están los monólogos dramáticos: «Tim Buckley (1947-1975)» o la carta que hace que Osip Mandelstam escriba a Raúl Rivero (Jordá denuncia todos los fanatismos, así sean islamistas, nazis o de esa otra pudre, Stalin).

Releídos ahora sus libros en una única tarde intensa que abarca ocho años, uno reconoce la absoluta coherencia de su poesía, su ahondamiento y perseverancia en los mismos temas, la consolidación de una voz que lamentaríamos no haber escuchado. En poco tiempo, el poeta ha conseguido una poderosa y eficacísima dicción en la que, dejado atrás algún primer titubeo, la base predominantemente endecasilábica no estorba al fluir del poema, que casi siempre lleva a una meditación sobre el paso del

tiempo. Y emplea, además, el magnífico versículo que tan buenos resultados le dio en *Ciudades de paso y Tres fresnos*, al tiempo que nos entrega algún hermoso haiku canónico que, no incluido en la antología, engasto aquí como propina al prólogo («Noche de junio./ Las ranas nos despiden/ ebrias de estrellas.»).

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CIUDADES DE PASO
(2001)

CUL-DE-SAC

No sé muy bien en qué ciudad me encuentro.
La luz es indecisa. Un gato huye.
El viento sur –un crápula impotente–
manosea naranjas y hojas secas.
Las persianas chasquean. Mi hija duerme.

El mundo es un impío prestamista
al que nada le debo. Que otros corran.
No me importan los éxitos ajenos.
Lejos está el dolor de los que sufren.
Los gansos vuelan rápido hacia el sur
y sé que deberían ir al norte.
Les deseo buen viaje, y los olvido.
No se oyen coches. Nadie está en la calle.
Y este oscuro gorrión en mi ventana
es la voz primordial del Paraíso,
y canta ahora sólo para mí.

CHINATOWN

SÓLO había un pequeño restaurante abierto. Era un sitio triste, nada próspero: un pasillo con cuatro mesas a cada lado.

Al fondo, en la penumbra, había una pareja de viejos, inmóviles como dos gatos asustados.

La vieja se fue a la cocina con la lentitud de una nube de verano.

El viejo encendió una pipa.

Cuando la vieja sirvió la mesa, los dos se sentaron a la mesa de al lado.

Nos miraron comer en silencio, sin apartar los ojos de nosotros.

El viejo era alto, muy delgado.

Estaba tan desgastado como el estandarte con el que un emperador combatió contra una horda de jinetes bárbaros.

Sus ojos estaban velados por el viejo instinto de no hacer preguntas.

Jamás cometió la indiscreción de asomarse a un corazón ajeno.

A la vieja, hacía tiempo que la fatiga le había arrebatado el rostro.

En su juventud no tuvo tiempo de ser una mujer enamorada.

Nunca cantó a la flor del melocotonero ni a los nenúfares de Chu-Kuan.

Su canto, al amanecer, era una llamada a los cerdos, hecha con ojos legañosos y la boca seca, mientras removía un cubo lleno de vainas de soja.

Después, en América, sus ojos se fueron empañando por el vapor de las lavanderías y por el humo de la cocina.

Quizá el padre de uno de aquellos viejos fuera uno de los trabajadores del ferrocarril que hicieron de figurantes en *El caballo de hierro*, de John Ford.

Y quién sabe si, en la escena final, cuando se juntan las dos líneas del ferrocarril, y toca una banda de música, y todos los políticos lanzan los sombreros